

1

La campesina fascinada

Susana Barragués Sainz

PREMIO

1

El imperio de los sentidos

Más allá de la oreja existe un sonido, la extremidad de la mirada un aspecto, las puntas de los dedos un objeto: es allí a donde voy. La punta del lápiz el trazo. Donde expira un pensamiento hay una idea, en el último suspiro de alegría otra alegría, en la punta de la espalda magia: es allí a donde voy.

CLARICE LISPECTOR, *SILENCIO*

Creo en la fuerza de las cosas frágiles

ANÓNIMO

Oración

Agua, alegría, beso,
leche, cama, ventanas,
llenen este cuerpo y esta casa.

Alegría

Partamos del hecho de que todo elemento en contacto con la alegría es categorizado de inmediato en contenido o continente. Automáticamente se produce la ordenación: continente o lo inmiscible, dureza, punta, iceberg. Contenido o lo húmedo, hundible, sensual, permeable al gozo.

El continente rodea el placer de las cosas, puede contenerlas, pero no incluirse en ellas. No así el contenido que al contacto funde, se transmite, traspasa lo poseído más allá de los límites de la intimidad, altera para siempre la substancia de origen.

Esta diferencia rige el destino de las superficies: así algunos seres se introducen en aquello que tocan, se pudren en ello, transpiran, se *hunden* hasta formar una misma trama. Otros sólo son capaces de poseer por fuera, sin sospechar siquiera que haya otra forma de poseer, aunque por un momento, frente a un niño con una caja de acuarelas, sientan el estupor vacío de toda cáscara.

Agua

La sustancia agua se rige por la ley de los vasos comunicantes: los cuerpos comunicados y en relación al agua se inundan hasta un mismo nivel. El agua comunica al beso, a la boca y al seno en el sencillo gesto de besar bajo la lluvia.

La solubilidad del agua y la capacidad para disolver sustancias antes extrañas imprime en los *cuerpos comunicantes* una brutal turbación: miedo de lo que toca por dentro. Miedo a lo húmedo, lo untoso, miedo de no recuperar el estado original. Esa delicada desesperación común al hombre, a la nube y ciertos frutos mucilaginosos por lo que *moja*.

Si me sumerjo en el agua, y llueve sobre mis piernas, los ríos verdes, los campos cuajados de salamandras, y el agua en la lengua soy yo. La humedad de la montaña, la anguila transparente, la desnudez en el agua y el estupor purísimo de no saber dónde termino yo dentro de mí.

Agua en la piel, agua en los ojos y agua haciendo círculos concéntricos alrededor de las rodillas. El agua comunicando mi cuerpo en el agua y algunas ranas descarnadas que gritan roncas a no se sabe qué amor profundo. Mi cuerpo en contacto con aquella fuente y tú bebiendo de aquella fuente y de la plaza más verde que vio ningún verano. Mis piernas colgando sobre las ramas y tú lamiendo estos hombros bajo la cortina de agua, en la amalgama confusa de lo que embebe y cala.

El patio con charcos, el agua y el árbol, la sábana tendida a la lluvia, y la transparencia de tu ausencia dentro de mí.

Leche

Un niño pensativo frente a un vaso de leche es una metáfora viva del amor de los amantes a punto de tocarse, sin tocarse apenas. Condenados a sí mismos y a la pureza que representan, el niño y la leche comparten el éxtasis de lo que nunca ha sido turbio.

El amor de los amantes es puro antes de tocarse, pero en él ya existe la potencia de lo que ha de corromperse. Del niño saldrá esa imperfección que es el hombre y de la agonía de la leche la nata. Así el amor de los amantes se hará podredumbre.

Hacia un país de leche yo iré a descansar cuanto tu amor se enturbie. La playa tendrá unas arenas finísimas que tuesten las palmas de los pies. Y una cama azul. Y alrededor de la cama los corderos mamarán de una flor que da leche.

Leche en los ojos, leche en las piernas, leche en la espalda. Un hilo de leche desde la boca hasta el cuello. Un hilo de leche desde el seno hasta el ombligo, la locura de hacerse leche la mujer, el cuerpo de la mujer y su pensamiento blanco.

El niño frente al vaso, el niño que bebe y a la vez besa a esa nube delicadísima que deja una huella de leche alrededor de sus labios. El niño con el primer asombro de lo que sube y el diente de leche que cae en la cama.

El niño en silencio, el amante de leche, temblor cristalino de lo que es puro antes del espanto.

Beso

El beso a la mano, el beso a los ojos, el beso a la boca.

Dad al beso lo que es del beso.

Beso

El beso es transparencia embrutecida, piel de una pompa, pensamiento que puede tocarse. Esa es toda la materialidad del beso, la carne del beso.

El beso nace con ímpetu de nube para llover luego y deshacerse, hacerse hundible, palpable, penetrable. Con dolor de nube nace el beso. Con estupor purísimo, igual que nacen los corderos a la hierba del mundo.

La leche y el beso comparten la sensualidad bestial de lo que no tiene vértices. Ese gesto por el que salimos fuera de los propios límites, de la realidad que tocamos, es beso. Así el beso es la proyección del beso, el salto del beso, el beso está fuera del beso. El beso es el gesto de pensar el beso, no la marca roja estampada en los labios: pensamiento que toca, aureola difusa, borrón en la boca. Por eso el beso puede estar lamiéndose durante horas, golosamente, después de haber sido dado.

El beso deriva de la acción *lamer el pelaje tristemente*, de ahí la humedad desesperada con que nos transporta.

Todo beso va hacia las heridas, así como las moscas vuelan hacia las llagas. El beso transporta el dolor, más un dolor puro, delicioso. No hay más que pensar en ese beso de verano que nos abrió por dentro.

El beso breve de los estampadores de correos. El beso sin peso, el beso de la lengua en el oído, el beso del que besa sin calarse hasta los huesos y el beso del que tiene un beso muerto.

Besar como mínimo con el agua hasta los tobillos, besar en la espalda, besar para entrar, para embrutecerse, besar para dar de beber al beso.

Ese beso que salió de mí como polvareda de flamencos fluyendo sobre los lagos,

¿Qué se llevó de dentro?

Beso

La niña que se abandonaba por primera vez a un beso largísimo, y desplegaba de súbito unas grandes alas, gruesas y húmedas, que le nacían bajo las costillas.

Y mientras besaba, mitad hembra mitad ganso, esponjaba las plumas gustosamente hacia la brisa.

Ventanas

Ventanas de la ciudad son desiertos, ventanas amaestradas hasta lo inaguantable. Ventanas como gritos contenidos dentro de la boca, ternura impracticable, horror de vacío: ventanas sin cabellos tristísimos de mujer tristísima que conservaba la esperanza frente a la ventana.

Ventanas que fueron hechas para buscar la silueta de mujer en la ventana, para lamer la lluvia de ella, para entrar por ella y empedrarse a ella, hasta sacar vaho de la ventana. Vaho en la ventana sobre el que una mujer dejaba el círculo de la nariz pegada y los dos senos.

Círculo de la nariz pegada y los dos senos de mujer en una ventana con ciprés debajo y montaña remota.

Ventanas que nacieron para pasar el lomo por las ventanas, para comer pájaros recién nacidos de los nidos que en ellas colgaban, para dejar un círculo de vaho en la ventana mirando los dos senos de la mujer desnuda y nariz pegada.

Ventanas por las que aún se podía entrar por las ventanas, elegir cada uno una ventana, subir y desnudarse ventana frente a ventana, bajar después corriendo a palparse a través del mismo cristal.

Ventanas que eran espasmos, excitación para el cielo, locura de esperar en la ventana, la tempestad de la despedida arrancando las contraventanas. Ventanas que eran el olvido y el pasmo de abrir la ventana y encontrar un vacío.

Ventanas que ya no dan a ciprés debajo ni a montaña remota, ventanas de ciudad que dan a dieciséis ventanas de ladrillo, a patio vacío con sábana, esta ventana pobre de cuarto piso que tiene sólo un día de lluvia con un círculo de vaho con una mujer con los dos senos y la nariz pegada.

Cama

La cama es harina y hogaza de pan. Es por tanto trigo y lo que hay en el trigo que crece con la lluvia y la rotura delicadísima del trigo. La hinchazón del pan al fuego es el alma, la cama creciendo en el calor.

Como una miga de pan sobre una hormiga la cama avanza. Yo cuando me despierto huelo a pan.

Lo que está en la cama es tierra propia, campo, trigales labrados. Lo que entra en la cama pertenece, adquiere pertenencia, propiedad flotable de todo lo que toca ciertos intimismos. Ante la pregunta “dónde dormiste anoche” la cama empieza a latir salvajemente.

Lejos de mí buscaré una cama con lo más azul. Una fila de hormigas se llevará mi cama y me transportará lejos de mí.

Cama de trigo, cama de plumas y cama de flores. El pan de la cama dánosle hoy. Aún no habías abierto los ojos cuando la cama empezó a flotar. La cama que gira.

La cama en la oscuridad es tormenta que deja al descubierto furiosas ostras vivas, el escozor de las piernas. El vacío de la cama en la oscuridad de uno solo, que es un abismo.

La casa puede hundirse, pero la cama siempre se eleva. Fiel a lo horizontal, la cama vuela. La cama de la casa de pueblo, horizontal como el beso, como la pobreza, como los estantes de la alacena. Horizontal como la espalda de las mujeres que siembran avellanas. Lo vertical es despertar, el olvido, el odio es vertical. La noche cae, pero la cama se eleva.

La cama de las libélulas es de polvo y luz.

La cama de un niño, sin embargo, es de un dolor purísimo.

El imperio de los sentidos

La espalda de las nadadoras desnudas en el mar bajo la lluvia.

El temblor de la hierba que nace en los polígonos asfaltados.

El contacto de dos lenguas rojas entrelazándose sobre un campo de nieve.

La respiración acompasada de dos cuerpos desnudos.

Abrir la boca debajo de la lluvia caliente.

Robar caballos de noche.

Lamer moras explotadas sobre las manos y brazos de otro.

El jadeo de un caballo agitado sobre la espalda desnuda.

El olor a naranja en las yemas de los dedos en una avenida agolpada de tráfico.

El vaho de dos bocas sobre los cristales.

La estela de la lágrima desde el ojo hasta el vientre desnudo.

Los labios mojados sobre unos hombros con lunares.

Entrar con los senos descubiertos a robar moras.

Acercar la palma a milímetro de la piel de la cintura.

Soplar el diente de león.

La llovizna húmeda que queda suspendida sobre el vello de los brazos.

2

Desolación

*Hija
¿Sabes de donde vienes? Vienes
de un vivero de mejillones
en lata. Detrás. Detrás de la fábrica, donde se pudren
las conchas
y las cajas de pescado.*

LUISA CASTRO, *BALLENAS*

*Estoy metida en la noche
de estas raíces amargas*

GABRIELA MISTRAL, *LAGAR II, NATURALEZA*

Qué pasaría si

Qué pasaría si existiera, si después de todo existiera, si existiera una plenitud distinta, fuera de lo posible, fuera de lo que hemos descrito o alcanzado, décima de grado que sube por encima del mundo, qué pasaría si sobre un máximo hubiera otro, y no lo supiéramos, y anduviéramos en esto, moderados, cuerdos, vulgares como bestias, creyendo que así basta, que no hay por qué desesperar, que a este abandono, esta apacible inercia, es a lo único que se debe aspirar.

El campo ha huido de la poesía

El campo ha huido de este poema y de la tristeza de este poema. Doce mil ventanas veo desde esta ventana, el hormigón de un puente que se desconcha bajo la lluvia, y un hombre que sale del portal. Frente a la dureza de las superficies está mi blanda boca.

El brezo, la rana pirenaica y mis senos han huido de este poema. De este poema se arrancaron los nogales y el trigo. Dos siglos de abuelas campesinas murieron en este poema.

Este poema no existe. Este poema y la seducción de este poema no existen. Hay un grito y una paloma muerta en el asfalto, olor a pan y a basura sin recoger. Los tenderetes de la ropa meciéndose en los bloques de hormigón. Una gasolinera y un charco con zapatilla perdida. Nunca existió amor, trigo ni casa de campo en este poema.

El vecino del cuarto no sabe que esconde un árbol en los ojos. El vecino del sexto no sabe que esconde un árbol en los ojos. Ninguno de los dos recuerda el árbol por el que treparon para hacerle al corazón un nido de ramas.

El óxido de las cañerías, la electricidad de la cama, la espantosa melancolía de los tejados viejos. Garza pálida tuviera el salto agarrotado en las piernas, buscando el atardecer con toda el alma.

El campo ha huido de este poema y de la tristeza de este poema. En los patios interiores, las sábanas tendidas recuerdan los camiones blancos de las niñas que se bañaban al sol, tirados junto a las palanganas de lata.

La cebolla

Vivo en un cuarto piso, junto a una avenida abierta al tráfico. Me levanto en mitad de la noche, abro las ventanas, me asomo al patio. Por las piernas desnudas, por los dedos y los brazos, sube la brisa leve como un susurro, el ruido del agua cayendo por las cañerías, el hilo de sudor rodando por la espalda.

Bajo la luz fluorescente del frigorífico encuentro una cebolla. Pienso: esta cebolla es la casa de mis antepasados. El bosque con barro, el rojo de los animales, el amor brutal sobre los tojos. En la casa vacía corto una cebolla y el golpe del cuchillo afilado sobre la madera es un éxtasis purísimo.

Por las piernas desnudas entra el olor de la cebolla húmeda y blanca. Hambre teníamos en aquella casa de pueblo. Mi abuela recogía las cebollas con un pañuelo en la cabeza y la falda atada sobre los muslos. De vez en cuando soltaba una carcajada y le salía un pájaro de entre los senos. Su melena era ejecución del abismo, vértigo profundo.

Esta es la miseria del que no olió nunca el espliego, del que no espizó nunca a una campesina bañándose en un cubo de latón. La miseria descarnada de no tener templo ni sensualidad de templo.

La espalda de la campesina era templo, sobrio erotismo de lo que apenas toca. El molino de piedra, las ortigas en los brazos y la harina blanca eran templo. El beso profundo de su cuerpo era templo. El olor a cebolla en sus manos.

Ahora los árboles negros de esta ciudad escupen una yema verde y jadean por el esfuerzo.

Vivo en un cuarto piso, vivo junto a una avenida, jadeo sobre la ciudad y el tráfico bruto, el olor de la cebolla eriza mi cuerpo. Embravezco como ternera que ama en el monte.

El cielo tiene la nata espesa y turbia de las fábricas.

Hambre teníamos en aquella casa de pueblo.

Miseria

La campesina que despierta y sacude las migas de pan de su pecho, sacude su blusa y vuelve a cortar el trigo, en el sopor del verano, toda tostada. De repente se pregunta cómo será un beso, cómo será recibir un beso, cómo será meterse en el otro muy despacio y qué se hace después con todo eso. A esa miseria me refiero.

Lavanderas

Lavanderas en la montaña, horas dentro del río hasta no sentir las manos, hasta que el río se lleva sus manos, río abajo se van sus manos sin que ellas se turben, ni dejen de seguir lavando, golpeando la cáscara de sus manos despavoridas contra la piedra. Lavanderas sin manos, manos que se van, como este corazón sin manos que te sigue, despellejado, rebotando contra las piedras, río abajo.

Carrera

La carrera, piernas a la carrera, cuerpo entero a la carrera, arriba y abajo, cuerpo allá abajo a la carrera, lo más lejos posible, lejos de sí mismo. Ojos a la carrera, dientes a la carrera, boca a la carrera, cada célula dentro de su tejido puesta a la carrera, espantada conjunta hasta poner el pensamiento a la carrera, el pensamiento a la carrera muy por delante del cuerpo, allá va, bala que huye, cuerpo que no puede y se detiene entre jadeos, y ve con estupor sus pensamientos alejarse a la carrera. A la carrera, a la carrera, a la carrera, mirad allí, esa mujer que corre lejos, proyección en carne viva, lejos de mí.

Mirad allí, esa mujer a la carrera, como una estela, como una estela de humo blanco, como el pitido que se va distorsionando, los ojos del corredor olímpico fuera de sus órbitas, la punta del seno en la carrera, la punta de la lengua a la carrera.

Piernas a la carrera para traspasar el dolor del aullido, para ser arrancado de los límites y ser masa que desborda. Cuerpo a la carrera, todo lo lejos de mí, atravesar la finísima piel que esconde el placer, la piel de la uva, la nata sobre la leche hervida, la piel de los dedos, la niña que sale de excursión tímidamente de sus límites y encuentra un pla-cer denso en la punta de los dedos, en la punta de los muslos, piernas a la carrera.

La carrera, cuerpo entero a la carrera, allá va, bala que huye, grito despavorido a la carrera.

A punto de

A punto de oír lluvia están los tímpanos, a punto de romper la hoja está en el árbol, así estoy yo en el punto de romper. La palabra a punto de decir, el vaso a punto de romper, el pasmo de los platos antes de estallar.

La zarza a punto del rasguño en la pierna, la pierna a punto de atravesar corriendo los campos. Ese traspasar el principio, atravesar con la potencia de aquello que se estira un poco más, un milímetro más allá de otro milímetro, un salto más allá del salto, a punto de salirse de sí mismo.

La montaña a punto de, la noche a punto de. El pájaro a punto de estrellarse en el cristal y el cristal a punto de rajarse, la manzana y la boca y el mordisco a punto de suceder. El pie a punto de tropezar, la falda a punto de subir el vuelo, la puerta a punto de dar el portazo.

El cuerpo a punto de entrar en el agua y el mar a punto de entrar en el cuerpo, la naranja a punto de desgajarse y el dedo a punto de hundirse en la naranja. El grito a punto de ser grito, el teléfono a punto de sonar, todo saliéndose de su borde, un instante antes.

A punto de suceder, en ese espacio diminuto en que la realidad se despliega, en que todo es tensión de lo posible. Sumergirse en ese instante, cambiar para siempre en lo que sucede, crecer en las cosas. Lo demás es pasar por el instante, punto por punto, para nada.

La espalda a punto de tensarse en un espasmo, el cuerpo a punto de despertar. La lengua a punto de lamer, la verdad de lo que hiciste anoche a punto de decir, el encuentro a punto de producirse, el beso a punto de tocar los labios, tu y yo a punto de.

Y sin embargo, dejar pasar ese segundo, convertirse en tapiz para anticuario, cristalizar en un punto. No cambiar en el instante. Quedarnos a punto de suceder para siempre, no acontecer.

3

Espejo en el espejo

Platón desterró a los artistas por temor a que mostraran que lo-que-ocurre no tiene correlato ideal, que cada ser no participa de su idea sino, al contrario, de todo aquello que él no es.

CHANTALL MAILLARD, MATAR A PLATÓN

Pero es en lo imposible donde está la realidad.

CLARICE LISPECTOR, APRENDIZAJE

Satisface mi alma

Satisface mi alma, haz que sea transparente como el beso, húmeda y profunda como el beso,

que conozca la alegría de lo frágil, y pueda compadecer el dolor de lo inexistente,

que sea comprensiva con lo incomprensible, que elija siempre el enigma antes que el remedio,

que sea paciente con la inutilidad de las cosas,

que recuerde al menos un nombre si alguna vez tengo que gritar en el vacío,

que pueda componer el esqueleto de aquello que amo, por si se derrumba,

que no pertenezca a mis pertenencias y lo que me pertenece sea libre

que mi casa esté cosida por un hilo de lana, y mi alma tenga vértebras del caracol,

que sea el salto y a la vez el aire desalojado en el salto,

que ame en círculo y supere el círculo que delimitan mis brazos,

que lo increíble sea aquello que me salve,

que estalle delicadísimamente mientras duermo,

que nunca termine yo dentro de mí

Espejo en el espejo

Hay una mujer, junto a siete personas que hablan de *estructura de la microeconomía*, que mira por la ventana, que parece ausente, que parece que sale fuera de sí misma a pensar en un helado o a pisar la hierba o simplemente a observar a una mujer callada, mirando a la ventana, entre un grupo de gente que discute sobre *la estructura de la microeconomía*, que parece tan ausente, que parece que hubiera salido de sí misma para pensar en un pájaro o en el dedo del pie o simplemente para escuchar una conversación entre ocho personas sobre *la estructura de la microeconomía*, donde una de ellas, mujer ausente mirando a la ventana, sale fuera de sí misma, y antes de irse para siempre mira y me ve, mujer tan ausente, perdida de sí misma, pensando este poema.

Primavera

Es primavera. Estoy saliendo de la piscina vestida de verde, tengo los brazos morenos, el borde del pecho lleno de vapor, el pelo húmedo, el cuerpo vivo y duro. Estoy riendo en alto, muy verde y helada, tengo el pelo corto, el viento frío detrás de los oídos, el cuerpo ardiendo como una uva al sol. Esto debería ser yo, un cuerpo muy verde y vivo, recién salido del agua, aunque la verdad sea, si es que acaso importa, que estoy sentada en una acera sucia de ciudad, muy en silencio, y visto de negro, tengo el pelo largo, el cuerpo seco y la tristeza pétrea, como esos eriales muertos que el hombre abandona un buen día, sin dar más explicaciones, para buscar una mujer verde a quien amar en primavera.

Reflejo

Tengo miedo de ser esa mujer que se detiene un día, frente a los escaparates de unos grandes almacenes, y descubre que no se reconoce a sí misma en su reflejo. Tengo miedo de ser esa mujer que asustada, deja caer las bolsas de la compra por el suelo, y grita señalándose a sí misma en el cristal. Tengo miedo de ser esa mujer que se recompone, mira alrededor, recoge deprisa las bolsas de la compra, y deja tras de sí a una parte de ella misma enloqueciendo frente a su reflejo en el cristal. Tengo miedo de ser esa mujer que se aleja caminando de sí misma, comentando con desconocidos, ¿Has visto a esa mujer, que grita frente a su reflejo, como si no se reconociera a sí misma?

Yo después de mí

¡Oh, no! Esa que ves en la calle, haciendo la compra, corriendo por las escaleras, subiendo con prisa al autobús, no soy yo. Yo soy esa que llega mucho después, detrás de mí, ensimismada y pensativa, esa que se entretuvo con un pájaro, un brillo o una sombra, mirando la luz sobre la fruta en el mercado, besando a las moradas berenjenas, hablándole a las coles y a las puerros, discutiendo de los precios con su propio reflejo en el cristal...

Cómo

Cómo se hace para ir alejándose de lo que una en verdad es, cómo hace una para alejarse de quien profundamente es, para no enloquecer mientras se aleja de la idea que siempre tuvo de sí misma, cómo hace para ir disfrazada de lo que cree que es, mientras esa que verdaderamente es se queda atrás, sentada a la sombra, adormilada en el mediodía, empachada de luces, cómo.

Mujeres al tren

Un tren lleno de mujeres cruza los páramos. Ninguna de ellas habla, ninguna de ellas mira, mujeres pensativas que viajan como caracolas enroscadas hacia su propio misterio.

El tren se detiene, y alguien ordena "¡Hay que cambiar de tren!". En mitad del campo seco, una tarde de agosto, las cien mujeres bajan del tren, cargando bolsas, paquetes, piernas, maletas, y el alboroto de sus corazones al sol. Como un nido de golondrinas en mudanza, las mujeres suben y bajan, ríen, gritan, se tropiezan, se hinchan de una alegría instantánea que las hace hervir como legumbres, explotar como bombillas, crujir como milhojas de un hojaldre.

Vuelve el silencio. Las mujeres suben al tren, y se sumergen de nuevo en un letargo espeso.

En el páramo abrasado, la alegría de las cien mujeres bajo el sol deja atrás una explosión escocida de dinamita y saltamontes, un polvo de cristales en la luz.

4

Fascinación y alteridad

Qué será la perplejidad de ser tú.

Qué, el misterio, la dolencia de ser tú y saber.

Qué, el estupor de ser tú, verdaderamente tú y,

Con tus ojos, verme. Qué será percibir que yo te ame.

Qué será, siendo tú, oírme decir.

Qué entonces, sentir lo que sentirías tú

ANA ROSSETI, QUE SERÁ SER TÚ.

Descubrimiento del otro

*Apenas te miro un instante, y ya no puedo pronunciar palabra.
Al momento mi lengua se seca y un fuego sutil recorre mi cuerpo,
no puedo ver con mis ojos,
me zumban los oídos,
y un sudor frío me invade y toda yo me estremezco;
más pálida estoy que la hierba,
y siento que me falta poco para morir...*

SAFO, SIGLO VII-VI A.C.

El descubrimiento del otro es falla.

Fractura, hendidura, grieta. Descarga tectónica.

Inicialmente una fisura. Apertura después, fisura a través de la cual se abre, se despliega la gran trama, cruje como un vidrio por un punto lo que somos, así la superficie rompe como un desgarró, un resquebrajarse.

El descubrimiento del otro es estupor. Pasmó, explosión del vacío, estupefacción. Imposible saber a dónde íbamos, que éramos, qué buscábamos antes del encuentro. Todas las cosas succionadas hacia un punto de vacío. Todos los olores, los poros de la piel, todo abierto hacia lo que ha de destrozarnos, desmenuzarnos como el pan bajo los pájaros.

En el descubrimiento del otro todo se abre, todo duele. El infinito dolor que hace estallar las cosas. Una hoja que vibra, un niño que cruza un charco, la leche que se derrama, cualquier acción se amplifica, se descompone, se multiplica en sí misma y se supera, se sobrepasa. La lluvia, el chocolate, la mujer que se poda las alas con una hoja de afeitar. Cada hecho salta fuera de él mismo y penetra como un dolor purísimo detrás de los ojos.

La piel tostada de los hombros, aquella monja que andaba a caballo por los claustros, así, así me rompes tú la piel de las cosas.

El descubrimiento del otro es desconcierto, turbación, perplejidad, disolución de límites. Caminar con la piel del otro lado, como el que lleva el suéter del revés. Como gitana que saca brillo al esplendor de sus muslos.

El descubrimiento del otro es deslumbramiento, alumbramiento, falla. Larga vejez de tortugas de la que despertamos, arrastrando la saliva hacia el beso de aquel otro.

Espejo en el espejo

El hombre que huía corriendo y gritando con un desgarró, el hombre que huía corriendo detrás de una mujer que huía corriendo y gritando, la mujer que huía corriendo y gritando detrás de sí misma que huía corriendo y gritando, y todos ellos dejando un rastro de sombras gelatinosas sobre la acera, como un campo de fresas maduras que su paso hubieran ido estallando.

Los locos

Compran entradas, los locos compran entradas para el cine de amor del zoológico, entonando gritos avivan al búfalo y la búfala, siguen la rotura de sus torsos enroscados, la fuerza espantosa que en la nube de polvo dejan. Aplauden, aplauden a rabiar porque el amor sea cosa de locos, porque el amor exista y sea cosa nada más que de dos cuerpos, y dando saltos y silbidos, cuando todo termina, se van a sus casas borrachos de delicia, empachados de gozo y mucosa, encendiendo fósforos con los dedos.

El hombre que

El hombre que despierta, abre un ojo, cierra el ojo, abre el ojo, descubre el asombroso parecido de un campo de trigo con el vello diminuto que cubre los senos dorados de la mujer, y bajo la luz del amanecer, hunde su rostro en ellos, y vuelve a dormirse.

Delirio

El tiempo vacío, pura espera de que vuelva el milagro, de que vuelva el delirio.

MARÍA ZAMBRANO, *FILOSOFÍA Y POESÍA*.

“Yo también inundado de perfumes, ebrio del licor de Licaeus, y de los besos de mi amante, quiero, quiero delirar”.

ANACREONTE, *CITA*.

Amablemente una puede comer una naranja con la formalidad con que habitúa, repetirse por enésima vez en el mismo gesto de comer una naranja, o transformarse de golpe en mujer que come la última naranja de su vida, sacudida por la fulminación de lo extraordinario, llorar sobre el plato, mojarse la boca y el cuello, lamerse con la lengua las muñecas húmedas y hacer rodar cada gajo, uno a uno, por los labios.

Una puede convertir ese gesto cotidiano en algo que trasciende más allá de sí misma, desde el instante crítico en que decide cortar en secciones de radio concéntrico la naranja, o morir para siempre en el suceso de hincarse como un halcón sobre el lomo de la fruta, succionar como se succionaría de un pecho rojo, entornar los ojos, caer de la silla al suelo, llenar la boca de una manada de risa y lágrimas, convulsionar, esconder la esfera entre los pechos como un animal que va a salir volando, penetrar hasta la médula de la naranja.

Masa impalpable es el delirio, transformación de uno en las cosas, contemplación viva de lo que hay. Participación intensa, plenitud de lo mismo.

Abismo que separar el hecho de comer o *comer* una naranja, comer o el suceso irrepentible de robar una naranja con los hombros desnudos, con los muslos llenos de arañazos, hacer rodar naranjas por el cuerpo, sentir que se cuelga las ramas, desnudarse como peladura.

Delirar para llegar hasta los bordes, para sobresalir, para exceder, para rebasar, no contener, para sentir la paz de todo lo colmado, de lo que se ha reconciliado con la vida que era capaz de.

Finalidad del delirio es el placer, finalidad del placer es exceder la vida. Finalidad de la naranja es el delirio, y por lo tanto, necesidad de vivir hasta el exceso.

Todas las cosas imperfectas

Todas las cosas imperfectas, el diente torcido, el zapato que cala, la leche que cae, las costuras, el guante perdido, la mora que explota sola antes de tiempo, en mitad del vacío.

Los adoquines sucios, las palomas sucias, los cuerpos sucios, las alambradas, las coincidencias, las aproximaciones.

La entomología, el cuerpo del hombre dentro del agua, los tendidos telefónicos, el besugo, el beige.

El metro, el centímetro, el milímetro, lo extraordinario, los decálogos, los cómputos, las colecciones inútiles, la levadura, los bultos,

Los letargos, las lechugas, las tentativas, lo insoluble, la desalación del agua del mar, el grito ¡suéltame!, el desorden.

Las vértebras, los versos, las berenjenas, los oculistas, las instrucciones de las lavadoras automáticas, el cuerpo de la madre.

Los días, el dolor, los lunares, el amor, la confusión del amor, el embrollo del amor, la maraña, el revoltijo, lo que yo te pedía y tu me diste, el tropezón, la obsesión por lo perfecto.

Todas las cosas imperfectas o la promesa de *no nos separaremos nunca*.

La alegría en la oscuridad

La alegría es territorio de la luz, de la rotundidad del día, alegría que ha de ser vista para ser evidenciada. Lo que se ve, lo que puede tocarse, despotismo de las superficies sobre los hombres.

La alegría ha de ser vista, carnal y abierta, incrustada a algo que pueda poseerse y que al ser poseído, creamos poseer con ello también esa alegría. Ese instinto que nos lleva a almacenar gramófonos, bagatelas, fotografías, cadáveres patéticos de la alegría que fue.

La alegría que se siente a oscuras es otra plenitud diferente, otra elevación por encima de lo tangible. Remate último de cómo el ser puede vibrar en las cosas, último grado de vibración en ellas. En la oscuridad, la alegría inunda, colma. Puede sentirse como un pájaro que sale por debajo de los ojos. Una alegría libre, delicadísima, como el placer de explotación en las cosas que rompen.

La alegría en la oscuridad, timidez que debe esconderse, preciosa y caliente como un pequeño animal en la mano. Alegría que no se contamina con la alegría de los demás, porque no se ve, no se compara, no está obligada a ser *alegría que desborda*.

Un poco mujer y un poco avispa con las patas untadas de azúcar, como salta la tapa de una tetera hirviendo, así entro en la alegría, escondida, densa y dulce, caliente como animal en la mano, como el crujido de la hoja que se estira, como el pulpo que suelta las ventosas al agua, como el tintineo de los vasos. Hambrienta y viva poseo la alegría a oscuras, como entra la luz en los tarros vacíos, como roza cada célula las sábanas.

Así siento que debo sentirme siempre, palpando la superficie de las cosas con una felicidad muy discreta, tácita, un poco por encima de las cosas, flotando apenas un milímetro sobre el suelo, apenas un soplo, alegría en la oscuridad como un hipo emocionado que hubiera que contener.

Despertar

Una mujer que se ha levantado temprano y ha dormido entre leves espasmos cruza la ciudad para coger un tren. Las calles están muertas, es domingo, son las 7.42 de la mañana. La mujer compra el billete, se sienta en el vagón vacío, apoya la cabeza en el cristal y se extiende en el placer de encontrarse tristísima, sola en el tren, untada de tristeza, empachada de su incapacidad para lo vivo, borracha de desolación.

Entonces ocurre. Una torre de chillidos, una nube de langostas, nubla el andén. Explotan en el vacío doscientos colegiales de excursión, con un bocadillo en la mochila, creando un estrépito de cristales rotos, pompa que explota para entrar por vagón del fondo. La masa de risas se desplaza, avanza como onda explosiva hacia delante, van volando los asientos como dominó y la mujer se agarra, cruje, tiembla de miedo mientras aquello se acerca, aquello que llega, la alegría llega.